

Roque González Salazar

LENIN Y LA COOPERACION CULTURAL INTERNACIONAL

Lenin empleaba la palabra cultura en un sentido que va mucho más allá de la acepción habitual del término. No establecía ninguna diferencia entre los conceptos "cultura" y "civilización" y los utilizaba como intercambiables, dándoles además una interpretación extremadamente amplia. "Por cultura Lenin entendía los principios fundamentales de la conducta humana, profundamente arraigados en el pensamiento, en la mente. En la cultura veía él la base orgánica de las acciones humanas, su mecanismo social, psicológico e intelectual. De ahí que, para Lenin, la calidad social de la economía, de la gestión de las instituciones del Estado, dependiera precisamente de la cultura."¹

En este artículo se utiliza el concepto cultura también en su acepción más amplia y se pone especial énfasis en la educación y en algunas implicaciones que la internacionalización de la misma trae consigo. La primera parte trata de las ideas de Lenin referentes a las nuevas culturas que emergen de la revolución socialista y su confrontación con las de los países donde la vieja sociedad de clases todavía prevalece. La segunda parte presenta algunos de los problemas que enfrenta la cooperación internacional de nuestros días, especialmente en lo que se refiere a la ayuda educacional y las repercusiones que ésta suele tener en los países menos desarrollados.

I

Uno de los grandes méritos de Lenin fue el de haber visto claramente que el hombre debe basar su poder creador en los esfuerzos de sus semejantes e incluso en los de las generaciones anteriores. Entre sus muchas preocupaciones estuvo siempre presente la de tener conocimiento de las manifestaciones de las diversas culturas existentes, a fin de servirse de ellas. El concedía una gran importancia a la herencia cultural y en el proyecto de resolución sobre la cultura proletaria define claramente el papel asignado a tal herencia en el desarrollo de la cultura socialista: "No es la invención de una nueva cultura proletaria, sino el desarrollo de las mejores muestras, tradiciones y resultados de la cultura existente, desde el punto de vista de la perspectiva mundial del marxismo y las condiciones de vida del proletariado y la lucha en la época de la dictadura."²

Otra de sus preocupaciones fue la de combatir el dogmatismo. Esto, desgraciadamente, ha sido alterado y mal interpretado a menudo a través del tiempo, no sólo por sus detractores sino incluso por sus propios seguidores. Lenin enfatizó en diversas ocasiones que uno de los mayores y más peligrosos errores que cometen los comunistas es el de creer que los revolucionarios solos pueden sacar adelante la revolución. Todo lo contrario, agregaba Lenin, para asegurar el buen éxito de toda acción revolucionaria seria, es necesario entender y saber cómo aplicar pragmáticamente

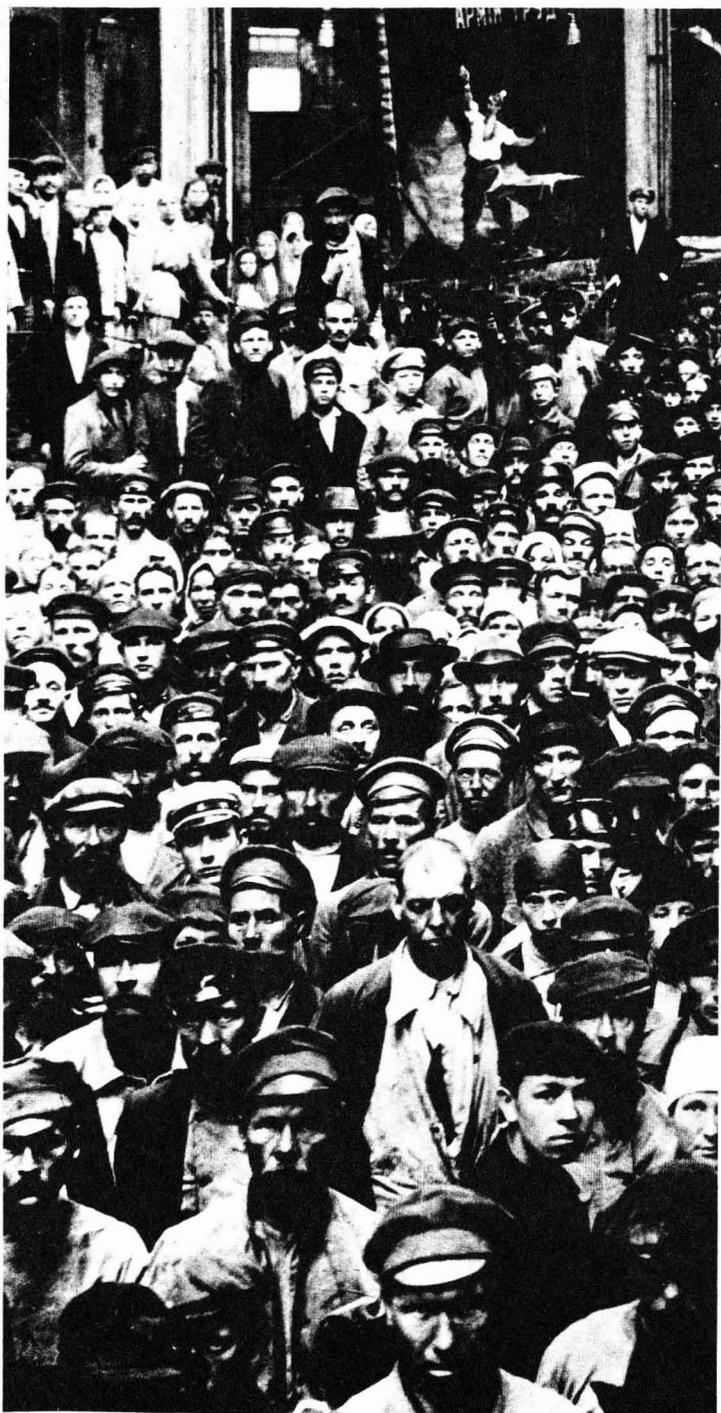
la idea de que los revolucionarios meramente juegan un papel de vanguardia y que ésta cumple su misión solamente cuando precede a las masas y cuando sabe cómo hacer que las masas avancen. Sin una alianza con los no comunistas a todos los niveles de actividad, concluía Lenin, la sociedad comunista no puede ser construida.

Estas ideas generales de Lenin pueden ser aplicadas al campo de la cultura, sin violentarlas mucho en este nuevo contexto, porque se refieren a la estrategia revolucionaria en su conjunto en la cual la cultura tiene un papel importante a desempeñar. Una opinión más categórica y directa sobre este asunto la expresó Lenin en 1920 al dirigirse a los jóvenes comunistas: "Sin comprender con claridad que sólo se puede crear esta cultura proletaria conociendo con precisión la cultura que ha creado la humanidad en todo su desarrollo y transformándola, sin comprender eso, no podremos cumplir esta tarea. La cultura proletaria no surge de fuente desconocida, no es una invención de los que se llaman especialistas en cultura proletaria. Eso es pura necedad. La cultura proletaria tiene que ser el desarrollo del acervo de conocimientos conquistados por la humanidad bajo el yugo de la sociedad capitalista, de la sociedad terrateniente, de la sociedad burocrática. . . sólo se puede llegar a ser comunista cuando se enriquece la memoria con todo el tesoro de ciencia acumulado por la humanidad."³

En la encendida polémica que sostuvo con la organización "Proletkult", Lenin afirmó que en una sociedad de clases, la clase obrera tiene su propia cultura, la cual difiere de la de las clases dirigentes. Pero sólo se trata de una cultura en germen, que debe ser desarrollada, lo cual, según Lenin, no puede lograrse de manera aislada y en forma exclusivamente proletaria. Después del establecimiento de la sociedad sin clases el proletariado desaparece como clase y la nueva cultura emerge. La nueva cultura tendrá una significación universal: será al mismo tiempo proletaria y universal, nacional e internacional. Al mismo tiempo, pero no de una manera estática, y no bajo el mismo ángulo y el mismo aspecto. El elemento o aspecto *nacional* de la nueva cultura deberá subordinarse a su aspecto internacional.⁴

Esta tesis de Lenin sobre la existencia de dos culturas en cada cultura nacional resuelve quizá el problema de la herencia cultural pero provoca otro que es el de la subordinación del aspecto nacional al internacional. La realidad observada desde la formulación de esta tesis nos obliga a tomar necesariamente en cuenta la persistencia del nacionalismo, así como la vaguedad con respecto a la forma en que puede ser implantada una sociedad sin clases a escala mundial. Bajo tales circunstancias, ¿cómo es posible que el elemento nacional de la cultura de un determinado país se subordine a los intereses internacionales y al mismo tiempo que esta subordinación no provoque un conflicto ideológico?

En este contexto es importante hacer referencia al concepto de coexistencia pacífica entre sistemas diferentes que también fue



introducido por Lenin. El problema estriba en determinar en qué medida el desarrollo de la coexistencia pacífica afecta la nueva cultura y su tendencia inherente a expandirse internacionalmente. ¿No significaría entonces coexistencia pacífica que los elementos nacionales de la cultura deberían fortalecerse y en consecuencia que no serían subordinados a los intereses internacionales? De acuerdo con la doctrina leninista, la coexistencia pacífica "significa no sólo la renuncia a la guerra como un medio de resolver problemas en disputa, sino también cooperación. Lenin tenía en mente la cooperación de estados socialistas y burgueses en las esferas política, económica, y cultural".⁵

Esta definición parece contener la respuesta a nuestra pregunta anterior, esto es, si nos concentramos en el sentido de cooperación en la esfera cultural. Al introducir el concepto de cooperación se elimina la contradicción contenida en la tesis de Lenin a que venimos refiriéndonos. Cooperación podría interpretarse que significa, por una parte, que la nueva cultura puede expandirse y así hacerse más universal, y por otra, que la nueva cultura está subordinada a los intereses internacionales de acuerdo con la manera en la cual la cooperación se lleve a cabo.

De lo anterior surge un punto que conviene subrayar particularmente para el propósito de este artículo. Es el referente a la transmisión de la evolución cultural mediante la cooperación cultural internacional. En otras palabras: cómo se difunden las ideas de la nueva cultura y qué repercusiones implica. Se podría argüir que la cooperación en la esfera cultural puede limitar el desarrollo rápido de los elementos progresistas en aquellas partes del mundo donde existen, si son confrontados con los llamados elementos reaccionarios en otras partes del mundo.

La cuestión de si el diálogo ha de mantenerse o si es mejor interrumpirlo para no obstaculizar el libre desarrollo de la nueva cultura, es una cuestión que en definitiva corresponde al campo de la solidaridad humana, movida a su vez quizá por simple instinto de conservación. La cooperación cultural entre los dos grandes colosos, Estados Unidos y la Unión Soviética, se mantuvo incluso durante los días más angustiosos de la llamada guerra fría. Al parecer cada parte consideró que podría beneficiarse del intercambio. Como lo han demostrado los acontecimientos posteriores, un mejor entendimiento entre estas dos naciones ha sido posible. La cultura en este sentido no debe ser considerada de una manera aislada sino también a la luz de los aspectos político y social de las relaciones internacionales. Esto significa que el diálogo que estimule la cooperación, aun cuando en ocasiones implique un sacrificio temporal, debe ser mantenido e intensificado.

II

Hace exactamente veinticinco años que en el discurso pronunciado



por el representante de México en la Conferencia Constituyente de la UNESCO, el 2 de noviembre de 1945, se formularon varias preguntas: “¿Qué están dispuestos a hacer los países más ricos y técnicamente más preparados para ayudar a que eleven los otros el nivel de instrucción de sus habitantes? ¿Cómo conciliaremos tal ayuda con el deber de respetar la libertad de cada nación en la elección de sus métodos internos para organizar la enseñanza en su territorio? ¿Y de qué modo coordinaremos esa libertad —que juzgamos inalienable— con la urgencia de decidir acerca de los fines generales de la educación del hombre?”⁶

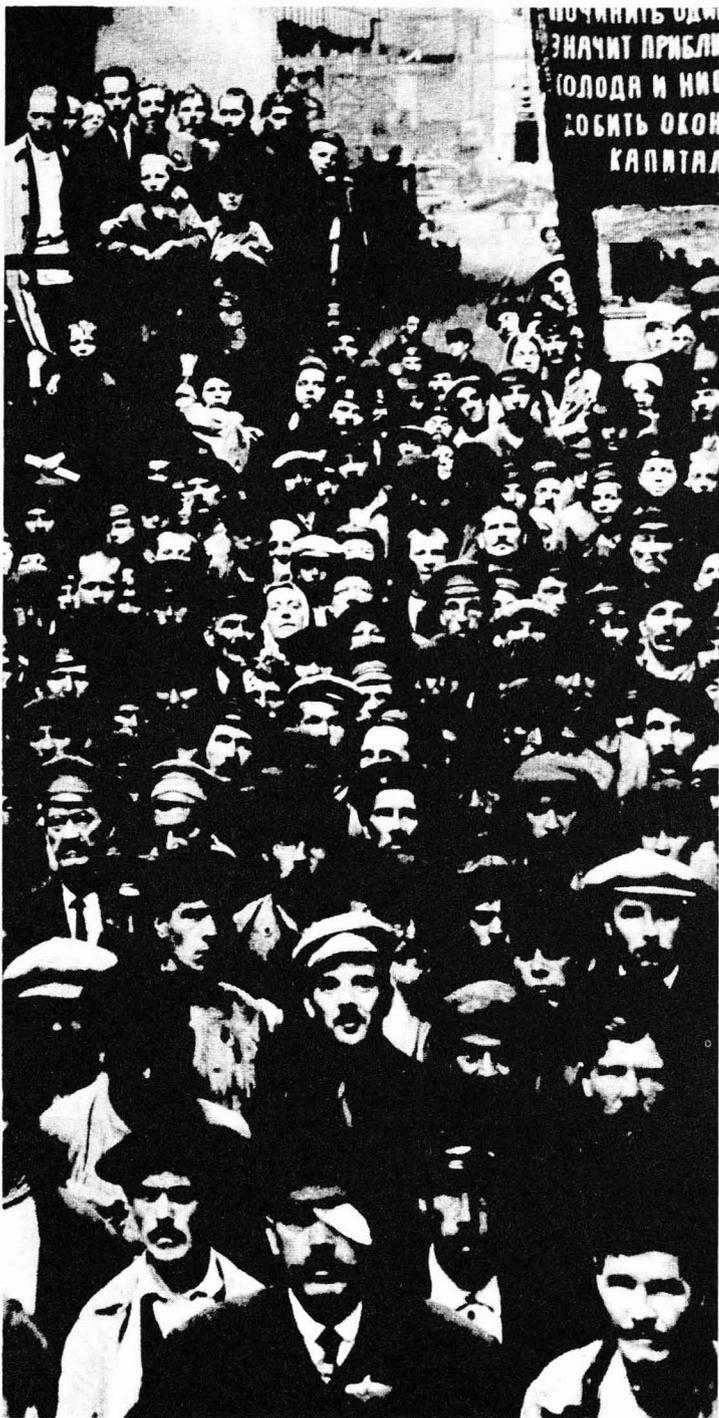
La primera pregunta conserva su vigencia a pesar del tiempo transcurrido. Esto es particularmente cierto debido a la ampliación de la brecha en los niveles de ingreso que se refleja en igual magnitud en los medios posibles de que se dispone para financiar la educación en las diferentes partes del mundo. Este apremiante problema ha sido explorado en muchas ocasiones con excelentes resultados.⁷ Aquí haremos mención solamente a un fenómeno que suele pasar desapercibido en las relaciones que se establecen cuando los países industrializados proporcionan ayuda cultural a otros países menos poderosos pero que están ansiosos de consolidar su autonomía en la esfera cultural. El fenómeno consiste en que la ayuda funciona en ambas direcciones. Al menos así ha funcionado en los últimos veinticinco años. La intensidad de la ayuda en cada dirección, aunque imposible de cuantificar, podría suponerse equivalente en cada uno de los extremos. Un problema diferente es el de si esa ayuda se aprovecha o no al máximo. Así, el país “donante” de ayuda cultural propicia con el acto de la “donación” una oportunidad para atenuar ciertas rigideces en sus propios sistemas educativos. El proceso correspondiente que inevitablemente tiene lugar en los países “donantes” produce importantes cambios en sus perspectivas y con frecuencia no se toma en

cuenta que, al menos en parte, esto ha sido el resultado de la ayuda educativa a otros países, o cuando menos del tener conciencia de las necesidades educativas de esos países.

Las otras dos preguntas reflejan los principales obstáculos con los que la cooperación cultural internacional tuvo y sigue teniendo que luchar. En primer lugar, existe la tendencia de que los países que ofrecen ayuda intentan obtener recompensas directas o indirectas por parte de los países beneficiarios imponiéndoles sus propios criterios. En segundo lugar, algunos países beneficiarios que tienen necesidad de mejorar sus sistemas educativos, a menudo rechazan la cooperación cultural internacional por razones basadas en cuestiones de principio y en una mal entendida independencia.

En la Conferencia Internacional sobre la Crisis Mundial de la Educación, convocada por la UNESCO, la cual tuvo lugar en Williamsburg en 1967, se afirmó que la cooperación cultural en educación, en gran escala, podría ser también un factor muy importante en la estrategia educativa, tanto para los países ricos como para los países pobres. Se formularon tres importantes postulados que deberían gobernar la asociación de sistemas educativos de países ricos y pobres. El primero consiste en requerir que los países industrializados concedan ayuda sustancial a los países en desarrollo, en un grado mucho mayor de lo que han venido haciéndolo hasta el presente. El segundo postulado señala que esta ayuda no debe de convertirse en una correa de transmisión por la que se pasen las formas tradicionales de educación de los países “donantes” a los países “beneficiarios”. El último apunta que aunque en términos económicos la ayuda debe dirigirse más fuertemente en una dirección, esto no significa que los países en desarrollo no puedan contribuir en términos de igualdad al progreso educativo de los países industrialmente desarrollados.





III

Volviendo al punto de partida, podríamos concluir que las tesis de Lenin sobre cooperación cultural internacional, en el sentido en que las hemos interpretado, son de aplicación no sólo en los países en que el proletariado ha tomado el poder, sino que tienen validez universal. Ni el proletario ni el nacionalista a ultranza pueden inventar sus respectivas culturas. La tesis de Lenin podría simplificarse en una frase: la cultura debe tomarse de donde la haya.

Los problemas que presenta la cooperación cultural internacional, sin embargo, son bien distintos actualmente de los que preocuparon a Lenin. Para Lenin los problemas consistían en conciliar, dentro de un mismo país, el pasado cultural burgués con el presente socialista, y en el ámbito internacional, en poder asimilar de la cultura de los países capitalistas lo que pudiera ser útil al socialismo. En la actualidad el mundo, a este respecto, está dividido en dos bandos: el de los que tratan de influir culturalmente, incluso mediante presión extracultural, y el de los que buscan defenderse de esa influencia, incluso a riesgo de tener que marchar a la zaga.

El problema no es insoluble, al menos en teoría. Los temores de los países débiles de recibir ayuda cultural "atada" se reducirían mediante la institucionalización de la ayuda internacional sobre bases verdaderamente multilaterales. En la práctica, sin embargo, el problema consiste en contar con instituciones realmente internacionales y en lograr que las naciones poderosas estén interesadas en la cooperación internacional a través de tales instituciones. Las experiencias que ha habido en este sentido con instituciones en el campo económico no son muy estimulantes. Cabe esperar que con motivo de los aniversarios que por ahora se celebran —XXV de la ONU, XXV de la UNESCO, centenario de Lenin— el asunto vuelva a explorarse con intenciones de encontrarle una salida conveniente, o cuando menos, de exponerlo en toda su cruda realidad.

NOTAS

1 Rumiantsev, Aleksei M., "Lénine et le développement de la science. Place de la pensée leniniste dans le développement des sciences sociales", Tampere, Finlandia, (mimeo), 1970.

2 Lenin, V. I.: *Obras Completas*, Moscú, Vol. 41, p. 462 (de la edición en ruso). Citado en Ignatenko, I. M., *Voprosi Kulturnovo Nasledstva V Trudax V. I. Lenina*, Moscú, 1970.

3 Lenin, V. I.: "Tareas de la juventud comunista", *Obras Escogidas*, Moscú, Editorial Progreso, tomo III, 1966, pp. 486-487.

4 Lefebvre, Henri: *La pensée de Lénine*, París, Bordos, 1957, pp. 343-344.

5 Trukhanovsky, V.: "Proletarian Internationalism and Peaceful Coexistence, Foundation of the Leninist Foreign Policy", *International Affairs*, Moscú, núm. 1968, p. 57.